

## EL SABIO JUAN MANUEL CAJIGAL

Escribe: S. T. FORZAN-DAGGER

Antes de entrar a estudiar la vida del sabio Juan Manuel Cajigal, haremos a continuación un rápido análisis genealógico acerca de sus padres: capitán don Gaspar de Cajigal y la señora Matilde Odoardo Bauchet de Grand-Pré. El progenitor del sabio matemático era hijo del Mariscal de Campo Juan Manuel Cajigal y Monserrat, nacido en Cuba, quien fue Capitán General de la misma isla e íntimo amigo y protector del Generalísimo don Francisco de Miranda, el Precursor de la Independencia de América. Don Gaspar llegó a Venezuela en los últimos años del siglo XVIII. Por enero de 1801 contrajo nupcias en la ciudad de Cumaná, con la bella dama cumanesa Matilde Odoardo Bauchet, hija del notable jurisconsulto cubano doctor Cecilio Odoardo de Saya. En noviembre de ese año nació, en la citada ciudad, su primer hijo: Alejandro Manuel, quien no tuvo ninguna figuración en nuestra historia. Ya para 1802, fue ascendido a Teniente de Justicia Mayor y Comandante de las Armas de Nueva Barcelona. Allí, en Barcelona, a pocos metros del río Neverí, nació su segundo hijo: *Juan Manuel*, el 10 de agosto de 1803. Luego lo enviaron con el mismo cargo a la isla de Margarita, donde permaneció hasta 1807. En noviembre de dicho año, regresó a Barcelona como Comandante Civil y Militar de esta provincia, según consta en la comunicación que dirigió su primo segundo don Juan Manuel Cajigal y Macsugni, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Nueva Andalucía, al Superintendente Subdelegado General de Real Hacienda: "He hecho el uso que me corresponde de la orn. de V. S. de 21 de Octe. último, comprehensiva del oficio que le pasó al Sr. Capn. Gral. noticiándole haver dispuesto que luego que el Teniente Coronel Don Gaspar de Cajigal entregase el mando político y militar que exerce en Margarita se traslade a Barcelona a reasumir el que antes obtenía allí. — Dios Gue. a V. S. ms. as. Cumaná 23 de noviembre de 1807. — Jn. Maul. de Cajigal. (Intendencia, 1807.)."

Ya para ese año, don Gaspar gozaba de una gran popularidad entre los barceloneses. Era de carácter jovial, alegre y bonachón, de sentimientos humanitarios y con la sonrisa siempre a flor de labios, nunca escatimaba las anécdotas picantes, siendo un hábil narrador. Pero esto había de extinguirse muy pronto. Apenas transcurrieron dos años de paz y tranquilidad en la comarca, cuando empezaron a estallar en diferentes lugares de Venezuela los movimientos revolucionarios contra el régimen

español. Barcelona ante esta situación no hizo esperar. Y así vemos que el 27 de abril de 1810, fue ella la primera ciudad del interior de Venezuela que se adhirió al célebre movimiento revolucionario del 19 de abril de ese mismo año, en Caracas. A partir, pues, de esa fecha los barceloneses se entregaron apasionadamente a los debates políticos y se dividieron en dos bandos: patriotas y realistas. Ambos partidos defendían febrilmente sus ideales, y en medio de esta consternación política dejó de existir, en forma inesperada, don Gaspar de Cajigal, a las 10 de la noche del 5 de julio de 1810. Acerca de la muerte de don Gaspar, el cronista venezolano Miguel J. Romero escribe lo siguiente: "La marcha revolucionaria de Barcelona estaba *entorpecida* con la permanencia de D. Gaspar de Cajigal en los altos puestos que ocupaba: en esta delicada situación, sobreviene su muerte, casi repentinamente, y los enemigos de la revolución explotan aquel acontecimiento natural, haciendo aparecer a los patriotas como *envenenadores*. Los catalanes —continúa— de esta ciudad acostumbraban dar alternativamente un banquete todos los meses; el señor Cajigal asistió al del mes de julio, y a poco de haber salido de él sintió los síntomas de la enfermedad, que le llevó a la tumba a los tres días. *Parce* que después del 27 de abril de 1810 llevaría alguna cortada afeitándose, pues la tradición, que trató de quitarse la vida, por el arrepentimiento de lo que había hecho aquel día". Mas, hasta el presente, no se sabe nada sobre este punto oscuro de la historia de Barcelona.

Para la fecha en que falleció don Gaspar, el pequeño Juan Manuel contaba apenas siete años y ya empezaba a balbucear las primeras letras del abecedario. Su vida infantil transcurría entre los mimos y halagos de su joven madre, jugando y bañándose en las frescas aguas del Neverí, lejos de las preocupaciones y de las desgracias familiares. Todo, pues, en él, era alegría e inocencia, hasta los trece años de edad, cuando su primo segundo el Mariscal de Campo don Juan Manuel Cajigal y Macsugni se lo llevó a la ciudad de Alcalá de Henares, España, en 1817, donde ingresó a la escuela militar en clase de cadete en el regimiento de Húsares-Montados con destino al estudio de las matemáticas. Pero, más luego, por el año de 1820, España se vio envuelta en una sangrienta revolución conocida en la historia con el nombre de Riego y Quiroga. Las pasiones políticas de los liberales y absolutistas repercutieron dentro del instituto militar. Y el joven Juan Manuel abrazó la causa liberal destacándose entre sus compañeros de armas como uno de sus más ardientes partidarios, lo cual fue motivo para que las autoridades españolas lo desterraran a la Habana donde se encontraba su primo don Juan Manuel Cajigal y Macsugni, con el importante cargo de Capitán General de aquellas regiones de ultramar. Pero esto no fue motivo para que el revolucionario Juan Manuel abandonara sus estudios de matemáticas, los cuales, como hemos dicho antes, había empezado con gran aplicación y entusiasmo en España. Su primo, hombre inteligente y de una vasta cultura, sin vacilar, lo envió a Francia para que terminara su carrera académica, donde a mediados de 1823 los continuó al lado de Poisson, Legendre, Navier, Lacroix, Gauchy y del célebre sabio Pedro Simón Marqués de La Place. "Y a tan alto subió el concepto que profesores y discípulos se habían formado del joven Cajigal —escribe el académico don Luis Correa—, que con fecha 15 de mayo de 1828 el famoso matemático español José Mariano Vallejo le pro-



puso, al encargarse de la dirección de la Universidad de Alcalá de Henares una situación estable en Madrid si aceptaba las cátedras de matemáticas, geometría descriptiva y delineación". El sabio venezolano se negó a aceptar tan honroso cargo. El prefería, antes que todo, suministrar sus conocimientos científicos a la juventud estudiosa de su patria, que a las prebendas o sinecuras que le ofrecían los rectores de las universidades de Francia y España. Por consiguiente, su respuesta no hizo esperar: "No puedo, señores, abandonar a mi patria donde me necesitan más que en otra parte".

*Cajigal y Colombia.*—Mientras esto sucedía en España, en Colombia había un gran interés por el sabio. Y se hacían gestiones oficiales para incorporarlo al magisterio. Esto nos lo revela una interesante carta del escritor y político payanés don Lino de Pombo, discípulo del sabio colombiano Francisco José de Caldas, al General Carlos Soublette, quien era a la sazón Ministro de Guerra de la Gran Colombia, fechada el 13 de enero de 1828, donde exaltaba las cualidades intelectuales de Cajigal: "Hace tiempo —escribe— hablé a usted de Juan Manuel Cajigal, hijo de Barcelona (Venezuela), joven de grandes talentos y nociones en la parte militar facultativa, que se halla en París dedicado a adelantar sus estudios. Le indiqué a usted que podría el Gobierno hacerlo venir con el empleo de Capitán de Ingenieros, que desempeñaría perfectamente. Ahora recibo una carta de él de 22 de septiembre en que me habla de los deseos que tiene de regresar a Colombia y tomar servicio; y añade que vendría, sacrificando los pocos medios de que puede disponer, si tuviere la seguridad de ser empleado. Yo creo —continúa— que la venida de este joven sería una buena adquisición para la República, que se halla tan escasa de oficiales facultativos, y por lo mismo renuevo a usted mi recomendación de que se le envíe un despacho de Capitán por conducto de nuestra Legación en Londres, y aún se le ayude en algo para su viaje". (Archivo del General Carlos Soublette, publicado por la Academia Nacional de la Historia. Cartas de Lino de Pombo. Tomo 33).

Para aquella época, la Gran Colombia se hallaba envuelta en discordias políticas. Así lo dice el Libertador en una carta fechada en Bogotá, el 7 de febrero de 1828, al doctor José Fernández Madrid: "Se me olvidaba haber dicho a usted que yo pienso ausentarme de esta capital durante la estación que ocupe la asamblea de Ocaña al deliberar, porque no quiero que se diga que yo quiero oponerme con la autoridad a la voluntad de la gran convención. Yo me acercaré hacia Cúcuta, y aún a Venezuela, que bien necesita de mi presencia, pues allí reina el espíritu de división con mucha fuerza; bien que toda la república padece de este mal con diferencia de principios. El Sur, por ejemplo, está dividido en independientes y realistas, el centro, en santanderistas y bolivaristas; y Venezuela, entre godos, federalistas y adictos a mi. En todas partes el mayor partido es el último, pero yo no sé intrigar ni mis amigos tampoco". Más adelante escribe: "Los federalistas son pocos, mis enemigos menos; pero la inacción de los muchos iguala a la actividad de los pocos. Las tropas me aman bastante, lo mismo que el pueblo bajo y la Iglesia; los propietarios todavía más, pero los abogados y los colegiales están montados por las ideas flamantes. Alguna excepción hay en los abogados. Todo esto me reduce a cierto disgusto que no puedo vencer y me voy al campo a gozar

de cierta tranquilidad; ruego a usted que dirija mis cartas por Caracas en estos primeros meses, que después yo avisaré". Todo esto nos da una idea de la situación política que atravesaban los pueblos bolivarianos. Las ideas doctrinarias del Libertador fueron, pues, rechazadas por casi todos los venezolanos, quienes no querían continuar como un departamento de la Gran Colombia y esto dio origen a la definitiva disolución política y geográfica de Venezuela y Nueva Granada.

Como se ve, un gobierno como el de la Gran Colombia en tales condiciones, no podía prestar la debida atención a los asuntos de orden cultural. De este modo, las diligencias de don Lino de Pombo por llevar a Cajigal a Bogotá fracasaron, en ese entonces, en medio de aquel torbellino político en que se debatía el destino de la Gran Colombia.

Poco tiempo después, Cajigal regresó a Venezuela, en 1829. El matemático fue recibido en las playas de Cumaná por su madre doña Matilde. Luego pasó a Barcelona, donde visitó la tumba de su padre. Y se dedicó a recorrer la ciudad: calles, plazas, esquinas, puentes, ruinas, etc. le evocaron gratos recuerdos infantiles. Por su mente desfilaron aquellos días en que acostumbraba pasear todas las tardes, tomado de la mano de don Gaspar, por las verdes riberas del Neverí, cuyas aguas contemplaba hasta la caída de la tarde, sentado bajo la fresca sombra de los árboles. Pocos días después retornó a Cumaná, desde donde se dirigió al Libertador en carta fechada el 20 de enero de 1829: "Excelentísimo señor Libertador Presidente. Juan Manuel Cajigal, ciudadano de Colombia y natural de la ciudad de Barcelona a V. E. con el respeto debido expone: Que habiendo sido enviado por su familia a España el año de 1817, con el objeto de empezar allí la carrera militar en un cuerpo facultativo, obtuvo admisión en la Academia de Ingenieros de Alcalá de Henares e hizo allí sus estudios con aprovechamiento hasta terminar el curso de reglamento en el año de 24, habiendo salido por su aptitud a oficial en el de 20. Disuelto, con motivo de la invasión francesa aquel bello establecimiento, y perseguidos o proscritos sus más dignos miembros, pasó el que representa a París en el año de 25 con el designio de perfeccionar sus conocimientos matemáticos y militares adquiridos en España, y extenderlos hasta donde fuese posible en los ramos físico-matemáticos y sus aplicaciones en la Astronomía; como en efecto lo consiguió asistiendo con interés y constancia a las lecciones de los más célebres profesores en aquella capital ilustrada.

"Habiendo terminado el exponente sus tareas científicas, en las que jamás perdió la vista el provecho que quizá podrían producir algún día en favor de su Patria, en donde le llamaban su corazón y sus votos, salió de Francia para Colombia a fines del año pasado, y llegó a este puerto en el presente mes, decidido a ofrecer al gobierno de la República sus servicios y a consagrar el resto de su vida en obsequio del suelo que lo vio nacer.

"El exponente se lisongea, señor Excelentísimo, de que desde luego su cooperación será de alguna utilidad el día que se piense en la creación de una escuela científica militar en Colombia. Quizá también, por la falta absoluta de esta especie de establecimientos, podrán valer algo actualmente sus servicios como oficial de Ingenieros. En esta virtud —continúa



el sabio—, y estando (¿dispuesto?) a abrazar la carrera militar, con tanta más razón cuanto que la anunciada campaña del Perú presenta un noble estímulo a los buenos colombianos para tomar las armas, me atrevo a dirigirme a V. E. solicitando colocación en el cuerpo Nacional de Ingenieros en clase de Capitán, y con destino al Ejército que debe obrar contra el Perú, o a la guarnición de esta Plaza de Cumaná; ofreciendo desde ahora acudir gustoso y decidido a trabajar con empeño, al puesto que el Gobierno tenga a bien designarme en guarnición o en campaña o en una escuela científica militar. V. E. puede si quiere pedir informes acerca de mis estudios y aptitud al Primer Comandante de Ingenieros Lino Pombo, que ha sido en España mi compañero de Academia, y que los dará desde luego veraces y exactos. Por tanto a V. E. pido se digne concederme el empleo de Capitán de Ingenieros que solicito, con uno de los dos destinos que dejo enunciados, pues en ello recibiré merced. Cumaná, enero 20 de 1829, 13. Excmo. Señor. Juan Manuel Cajigal”.

Esta solicitud del sabio no fue contestada por el Libertador, aunque fue acotada en secretaría. Mas, advertimos que posiblemente Bolívar no atendió a dicha solicitud por los múltiples problemas que tenía pendientes, ya que cuando el Libertador recibió esta carta su obra política, su gran ideal, se desboronaba sin piedad y él, en Bogotá, trabajaba activamente por mantener la unión de la Gran Colombia. Por otra parte, los acontecimientos políticos en ese entonces habían empeorado la situación interna de la joven república y su prestigio se debilitaba en aquellos pueblos redimidos por su espada, a causa de las desavenencias de los partidos. Sus compatriotas le calumniaban y sus ideas doctrinarias se hundían en los abismos de la anarquía y de la desunión. Muchos le tildaron de opresor, de dictador, de extranjero y de usurpador. Los periódicos de oposición le ultrajaban y su nombre ya no era respetado por aquellos pueblos que antes lo habían aclamado y venerado. En esta forma inmerecida, sin hallar paz ni tranquilidad en ningún lugar de la Gran Colombia, Bolívar vivió los últimos días de su vida. Así se lo cuenta al General Rafael Urdaneta, su fiel amigo, en carta fechada en Cartago, el 2 de enero de 1830, la cual transcribimos textualmente a continuación para que el amable lector juzgue por conjeturas acerca de las causas que impidieron al Libertador de América responder a la solicitud del sabio Cajigal: “Mi querido general: Recibí ayer tarde las comunicaciones de usted del 18 y las cartas de Soublette, Montilla y Juan de Francisco con el. . . . . de Puerto Cabello, que no me ha sorprendido nada, porque la tendencia de las cosas era esta. El espíritu de anarquía mina por todas partes y al fin la disolución será general. En el año de 26 ha estallado este deseo de independencia que pudiera ser útil, si la ley lo ordenare en vista de buenas razones y que el espíritu de facción no se mezclara en esta obra de patriotismo. En fin usted sabe lo que puede suceder.

“Hablemos —continúa el Libertador— de lo que debemos hacer. Creo que el Congreso debe dividir a Colombia con calma y justicia. Ninguna oposición debemos poner a Venezuela, porque nadie quiere hacer este sacrificio en favor de una unión política que combaten interiormente con las antipatías. La Nueva Granada no nos quiere, y Venezuela no quiere obedecer a Bogotá; estamos a. . . . . de aquí se deduce que debemos realizar lo que desean los caudillos de estos pueblos. Además yo no pienso

continuar más en el mando, y por lo mismo, quién va a sostener esta unión? Es preciso, pues, resolernos a cumplir las órdenes del destino, seamos o no miserables. Hemos luchado veinte años haciéndonos cada vez más viles, pues que todo conspira contra nosotros. Siempre he deseado dejar el mando, y las circunstancias hacen ahora que lo deje por necesidad, porque la República va a terminar sin saber a quién debemos servir en adelante.

“Yo me iré del país sin llevar un peso con qué vivir, pero prefiero pedir limosna en país extraño, a ser espectador de tantos horrores como nos esperan. Al fin yo soy solo, pero usted que tiene familia, que hará? Me duele en extremo su suerte. Usted puede elegir por asilo a Venezuela, ya que no tiene dinero con qué salir fuera del país. Usted sabrá lo que más le conviene.

“Yo sigo pasado mañana por Quindío mi marcha y llegaré a Bogotá del 12 en adelante; allá veremos lo que entre todos podemos pensar que sea más útil.

“Y mientras tanto, quedo de Ud. de corazón,

*Bolívar*”.

Como se ve, quizás el Libertador, por todos estos graves asuntos, no pudo atender a la solicitud del sabio. Y es posible que Cajigal lo habría comprendido así, ya que en ese entonces la situación política de la Gran Colombia era tensa. Por todas partes se hablaba de división, de separación. En Venezuela, como en Nueva Granada, el partido separatista había tomado fuerza. Y el General José Antonio Páez publicó varios decretos instando al pueblo venezolano a separarse de la Gran Colombia. En vista, pues, de esta mala situación política que atravesaba la república, Cajigal, desesperanzado, partió a mediados de ese mismo año a Caracas, donde encontró un clima favorable para lo que se proponía realizar, a pesar, no obstante, de la crisis cultural que vivía el país “en cuyo seno tenebroso mal podían tener cabida las abstracciones matemáticas”. Muerto el Libertador y desecho su sueño genial de la Gran Colombia, Venezuela asumió su carácter de nacionalidad autónoma. Y el nuevo gobierno —presidido por el General Páez—, decretó la fundación de la Academia de Matemáticas con sus aplicaciones a los trabajos civiles y a la ciencia de la guerra. El sabio ingeniero Cajigal fue nombrado oficialmente primer profesor y como su segundo el maestro Rafael Acevedo.

*El matemático.*—La matemática fue la ciencia que Juan Manuel Cajigal cultivó apasionadamente durante casi toda su vida. Desde joven estudió a fondo los derivados de ella, o sea, la geometría, el álgebra, la trigonometría, etc. Todas las dominó en forma genial. Sus conceptos y opiniones personales acerca de estas ciencias causaban admiración a los sabios de aquella época, como Navier, Poisson, Pedro Simón Marqués de La Place, etc. Ya para 1827, Cajigal era un científico que gozaba de mucha fama en los principales centros de enseñanza del Viejo Mundo. Prueba de esto fue que, encontrándose en Francia, en 1828, el ilustre profesor y sabio español José Mariano Vallejo, a la sazón rector de la Universidad de Alcalá de Henares, le escribió, desde su lecho de enfermo, en París, una carta fechada el 15 de mayo de ese mismo año, donde le ofrecía



—como apuntamos antes— las cátedras de Matemáticas, Geometría Descriptiva y Delineación. Al principio de esta epístola le decía: “Amigo Cajigal: por la adjunta circular se le instruirá V. de que este Establecimiento corre ya por mi cuenta y bajo mi única dirección. Con este motivo se presenta la ocasión de realizar una idea que en mi concepto puede ser ventajosa a V., a mí, al Establecimiento, a la propagación de las luces, y por consiguiente a la prosperidad y felicidad del género humano. Esta idea se reduce a que, si V. no tiene inconveniente, podrá venirse desde luego a este Establecimiento en clase de Profesor de Matemáticas, Geometría Descriptiva y Delineación. En él será V. tratado como mi misma persona; estará V. alojado, mantenido y con la ropa limpia; y en el caso de necesitar V. además de indemnización pecuniaria, no tendría inconveniente en asignarle lo mismo que disfrutaban los demás profesores, y lo mismo que yo como tal tengo señalado”. En otro párrafo de la citada misiva elogiaba su talento de esta manera: “Por otra parte, debe V. tener en consideración, que como en el prospecto que yo publicaré haré el debido elogio de V. y también haré lo mismo al publicar las adiciones en que estamos convenidos a los diversos tomos de mi obra, resulta que yo le presento a V. en el mundo científico con una opinión sólida y ya a V. le queda solo el gozar con tranquilidad y sosiego de los productos de sus talentos (y) facultades intelectuales”. Todo esto fue rechazado por el joven Cajigal que frisaba en los 24 años de edad.

Con respecto a las matemáticas, su concepto lo vemos en el discurso que pronunció el 4 de noviembre de 1831, en el acto de la fundación de la Academia de Matemáticas, en Caracas, donde hizo, brevemente, un resumen de la importancia y utilidad de las ciencias exactas explicando también la mejor forma de comprenderlas. Para Cajigal el secreto de aprender las matemáticas consistía en estudiarlas sin descanso, con perseverancia, no debiendo el interesado desanimarse por lo riguroso del estudio, ni por lo difícil de concebir los teoremas cuyas demostraciones fatigan la inteligencia y agotan la paciencia, porque al vencerse todas estas dificultades durante el aprendizaje, “el entendimiento —dice— se encuentra enriquecido con una multitud de concepciones nuevas: descúbranse entonces relaciones generales e inmutables, que representan las eternas leyes de la extensión figurada; y se ve que las verdades matemáticas, lejos de ser abstractas, se ofrecen a nuestra inteligencia bajo aspectos visibles y por decirlo así palpables. He aquí —agrega Cajigal— cómo la imaginación crea en alguna manera un mundo nuevo, cuyos objetos sometidos a reglas invariables, ora sea en su posición, ora en sus figuras y movimientos presentan por todas partes ideas de orden, de estabilidad y de armonía”.

Por otra parte, Cajigal tenía un concepto personal de la geometría —y, en general, de las matemáticas— a la que consideraba como una de las materias de mayor aplicación y utilidad en el desarrollo de la industria. Además, de ella —según él— depende la existencia de algunas artes, ciencias e industrias, esto es, que el agricultor, el agrimensor, el constructor de barcos, el geógrafo, el arquitecto, el pintor y el anatomista no pueden prescindir de los servicios de la geometría cuyas reglas son, como se sabe, necesarias para el desarrollo de las citadas ramas de la actividad humana. Así vemos cuando afirma: “La geometría abraza cuantos medios

existen de medir y comparar superficies, volúmenes y capacidades; y como no hay ni puede haber ningún producto industrial que no sea extenso en una o más dimensiones, es evidente que todos los trabajos humanos tienen relaciones estrechas y necesarias con la geometría. Podemos, pues, decir, elevándonos a la concepción más general de esta ciencia: que toda clase de medidas, que todos los medios empleados para producir formas determinadas, que todas las relaciones de simetrías, de analogía y variedad, ora sea en las posiciones, ora sea en los contornos y curvaturas pertenecen a la geometría". Y agrega: "...que cuando la industria de un país está en la infancia, mayores son los auxilios que puede recibir de la geometría y mecánica, para acelerar sus progresos, y entrar en la lid y marchar a la par de los países más industriosos". A través de estas palabras que acabamos de leer, el sabio reveló su gran conocimiento sobre la geometría, su concepción, en verdad, axiomática, filosófica e inmutable, valdiera en todas las épocas.

Y concluye diciendo: "Alumnos de la Escuela de Matemáticas: no os arredréis por los obstáculos que encontréis en la gloriosa y modesta carrera de las ciencias; una constante aplicación basta para superarlos, y la patria tiene derecho de esperarla de vosotros. A mí me anima la dulce esperanza de que seguiréis con asiduidad el curso de que tengo el honor de estar encargado. En él os expondré las verdades más importantes de las matemáticas; recorreré algunas puntas del velo con que están cubiertas las leyes generales e inmutables del mundo físico, e indicaré las felices aplicaciones que de ellas se hacen a los trabajos civiles y al arte militar. Quizás entre vosotros se despertará algún genio que se ignora a sí mismo; entonces me será permitido decir con orgullo: "a lo menos he producido una obra que vivirá en la posteridad. He dicho".

Al terminar de leer su discurso, Cajigal se sintió satisfecho de haber hecho algo útil a la patria; su felicidad no tenía límites al ver coronados sus esfuerzos y desvelos por aquella su obra que habría de sobrevivirlo: su Academia de Matemáticas a cuyo frente estuvo por espacio de diez años ininterrumpidos. Desde allí suministró sus vastos conocimientos a la naciente juventud venezolana, habiendo dado, también, clases de astronomía, de física, de dibujo, etc., a distinguidos hombres de elevada ilustración como al doctor José María Vargas, Rafael María Baralt, Fermín Toro, Cecilio Acosta, Diego Bautista Urbaneja, Luis Sanojo, Luis Espelozín, Felipe Larrazábal, Martín Tovar y Tovar, etc. Como se ve, Cajigal fue maestro de maestros, es decir, su cultura sobrepasaba en no pocos aspectos, a la de muchos eminentes varones de su época.

Pero, desgraciadamente, la Academia, en ese entonces, contaba con muy pocos recursos económicos. Solo mil quinientos pesos le asignaba el gobierno, suma que no alcanzaba a cubrir los gastos ni aún para comprar los objetos más necesarios. Además, una de las cosas que preocupaban a Cajigal era el hecho de no poseer su establecimiento una buena biblioteca. En su informe al señor Secretario de Estado en los Despachos de Guerra y Marina, del 7 de diciembre de 1832, le dice acerca de esto: "Sin embargo, está muy lejos la academia de tener siquiera una mediana biblioteca, tal como se necesita para poder formar hombres profundos en las innumerables aplicaciones útiles de las matemáticas. La mayor parte de



los alumnos no pueden proporcionarse las obras clásicas, ni las colecciones académicas por mucho costo, y a Venezuela sería muy fácil destinar por de pronto dos mil pesos para comprar los libros e instrumentos que constan en la adjunta nota". En verdad, todas estas cosas afectaban la marcha progresiva de la Academia, las cuales fueron motivo para que el sabio le exigiera al gobierno nacional una asignación más —fuera de los mil quinientos y de los trescientos pesos para pagar mensualmente el alquiler de la casa que ocupaba dicho establecimiento— de quinientos pesos anuales, "dentro de muy poco tiempo se encontraría tan bien montada como puede desearse y en aptitud de competir proporcionalmente con las mejores de Europa. El país —agrega Cajigal— recogería frutos ópimos de este pequeño gasto, y se elevaría al grado de prosperidad y esplendor a que parece destinarlo su feliz posición geográfica y el genio de sus habitantes".

Estos contratiempos que la recién fundada Academia sufrió, fueron reparándose a medida que el país iba venciendo los trastornos políticos, e implantando, a su vez, el orden constitucional en todo el territorio nacional. Es aquí, pues, donde estriba la grandeza de la obra de Cajigal, quien, como se sabe, en medio de aquellas guerras intestinas ocasionadas por las pasiones políticas de la época, logró consolidar, sobre bases firmes, su célebre Academia de Matemáticas.

*El Polígrafo.*—Cuando enfocamos a Juan Manuel Cajigal nos encontramos con un hombre que tenía una capacidad múltiple. Esto lo comprobamos con la universalidad de sus facultades, las cuales se manifiestan a través de sus variadísimos y extensos estudios y la multiplicidad de sus investigaciones; porque fue un sabio en las matemáticas lo mismo que literato, periodista, botánico, dibujante, pedagogo, tratadista, escritor, político, catedrático, diplomático, legislador, militar, filósofo, acuarelista y también un gran explorador. Según Olegario Meneses dice: "Dos veces trepó a la empinada Silla (monte de Caracas), que desde la primera visita de Humboldt, de ninguna otra planta humana se había visto hollada hasta entonces. También exploró diferentes vías de comunicaciones y niveló algunas; y fue bajo su dirección que se dirigieron al cielo de Caracas los primeros telescopios para sorprender los astros en su pausado y silencioso curso".

Cajigal fue también uno de los precursores y defensores de la instrucción popular en Venezuela, y el iniciador del establecimiento del Museo de Caracas. El historiador don Luis Correa refiriéndose a la labor educativa realizada por el sabio, dice: "En los diez años que Cajigal dirige la Academia de Matemáticas, desde el 4 de noviembre de 1831, fecha de su instalación, hasta marzo de 1841 en que se ausenta para Europa con un cargo diplomático, nadie entre sus contemporáneos rinde más positivos servicios al país en el terreno de la instrucción. Dotado de conocimientos universales, hijo de la Enciclopedia, formado en las disciplinas clásicas de los normalistas franceses y de la Escuela de Puentes y Calzadas, cuyos reglamentos adopta a la Academia. Cajigal es hasta hoy el hombre que mayor cantidad de trabajo y de eficientes rendimientos ha producido a la nación por la menor suma de sacrificios para el Estado. Si Venezuela se hubiera encontrado en la misma situación de Chile; si

una guerra asoladora no hubiera destruído los resortes morales de la sociedad, la labor de Cajigal se asemejaría, sin alcanzar sus armoniosas proporciones, a la realizada por Andrés Bello en la República del Sur”.

A más de esto, la obra de este sabio barcelonés en Venezuela fue extraordinaria: fundador e iniciador de los altos estudios Matemáticos; senador por su provincia nativa, Barcelona, y diputado por la provincia de Caracas. Fundó el 9 de marzo de 1839 un semanario, el “Correo de Caracas”, imborrable en las páginas de la historia del periodismo venezolano por sus principios liberales, y porque en sus columnas aparecieron las colaboraciones de don Fermín Toro, Rafael Baría Baralt, Cecilio Acosta, Juan Vicente González, Carreño, etc. Publicó cinco obras: “Tratado de Mecánica Elemental”, “Curso de Astronomía”, “Memorias sobre Integrales Entre Límites”, “Memorias sobre el Movimiento del Péndulo” y “Memorias sobre el Cálculo de Variaciones”. Tomó parte activa en la discusión de la Ley Orgánica de las Provincias y en la del Decreto que fijaba un subsidio anual a los colegios nacionales. Redactó el proyecto que creaba la Dirección General de Estudios, base del actual Ministerio del ramo. También elaboró el anuario de la Provincia de Caracas en 1832-33, el cual fue editado en 1835. A Cajigal se le deben los datos meteorológicos y estadísticos de la Provincia de Caracas. Igualmente se dejó sentir en asuntos de gran importancia y de interés nacional, como el célebre tratado Pombo-Michelena. Fue nombrado en la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado al lado de ilustres venezolanos, como el sabio José María Vargas, don Andrés Narvarte y don José M. Tellería. Y desde 1841 a 1844 desempeñó la Secretaría de la Legación de Venezuela en París y Londres. Acerca de esto último haremos a continuación un estudio más extenso por considerar que fue una de las épocas más importantes en la vida de Cajigal y también para dilucidar algunos errores en los cuales han incurrido los biógrafos del sabio.

*El Diplomático.*—Empezaremos diciendo que Cajigal fue nombrado Secretario de la Legación de Venezuela en Londres y París el 20 de marzo de 1841, en sustitución de don Fermín Toro, quien había renunciado por causas familiares. Esta resolución gubernamental fue transmitida al jefe de la Legación venezolana, doctor Alejo Fortique, por el Secretario de Relaciones Exteriores, señor G. Smith cuyo informe dice así: “Tengo el honor de participar a V. V. que el señor Juan Manuel Cajigal ha sido nombrado por el Gobierno secretario de la Legación de Venezuela en esa Capital, por renuncia admitida al señor Fermín Toro, y pasa a ella a ejercer sus funciones. En esta virtud ha determinado S. E. el Poder Ejecutivo que de los fondos que se hallan en poder de V. V. pertenecientes a la República se sirva entregar a dicho señor Cajigal la suma de cuatrocientas libras esterlinas por cuenta de su sueldo, cargandola en la que V. V. llevan con este Gobierno”.

Ahora bien, la intención del gobierno de Venezuela no era la de que Cajigal desempeñara solamente el cargo de Secretario de la Legación, sino que dio a través de la Secretaría de Relaciones Exteriores, la orden para que el sabio se trasladara de Londres a París con el objeto de que continuara profundizándose en algunas ramas de las ciencias matemáticas, “para que a su regreso a la enseñanza pueda dar en la Academia de que



es Director, toda la extensión y complemento de que se hará capaz por los nuevos conocimientos que adquiriera, para que así tenga la gloria de haber no solo planteado —escribe Guillermo Smith al doctor Fortique en su correspondencia de 31 de marzo de 1841—, sino perfeccionado en su patria, la enseñanza de las Matemáticas. En esta virtud permite al señor Cajigal pasar a Francia con el objeto indicado y por el tiempo que necesite. Y de orden de S. E. lo comunico a V. Sía. para su inteligencia y para que en cuanto esté de parte de V. Sía. contribuya a que se realicen los deseos del Gobierno”.

El doctor Alejo Fortique leyó con interés la correspondencia de Smith, a quien le contestó lo siguiente: “El día 21 del mes pasado se embarcó para Francia el Sor. Juan Manuel Cajigal usando de un permiso que tiene del gobierno para permanecer allí todo el tiempo que crea conveniente a la realización de cierto plan de estudios que tiene delineado. Aunque en dicho documento se dice que me ha pasado copia de él, yo no la he recibido ni tengo otra noticia que la que me ha suministrado su lectura y las explicaciones del mismo Sor. Cajigal.

“Sencible me es que los quehaceres de la Legación sean tantos y tan urgentes que no pueda ver con indiferencia la separación de una persona con cuyo importante auxilio contaba para desempeñarlos. Ya he dicho otra vez que este trabajo es improbo, y ahora añadido que es imposible que yo solo verifique el registro de los bonos colombianos, su confrontación y traslación al libro copiador, haga otro tanto con los cupones que exigen tres, o cuatro veces más tiempo, y practique también lo mismo con los vales venezolanos que se han comprado y sigan comprándose, todo esto aparte de las ocupaciones naturales de la Legación, del arreglo del archivo de Colombia y de la firma de los vales venezolanos que he creído conveniente ir escribiendo a medida que los vaya entregando a la casa que ha de ponerlos en circulación”.

Más adelante dice: “Aplaudo los deseos del gobierno al conceder permiso al Sor. Cajigal para que adelante sus conocimientos en las ciencias exactas, porque comprendo cuán útilmente sabrá emplearlos a su regreso en beneficio de la instrucción pública”.

De manera inesperada, Cajigal fue después electo “Representante principal —dice Francisco Aranda a Fortique en su carta de 10 de octubre de 1842— de la provincia de Caracas en el Congreso nacional durante el período de 1843 a 1847, y el Gobierno ha dispuesto que si él determinare venir a ocupar su puesto en la Legislatura le dé V. S. el permiso necesario para hacer este viaje, pudiendo V. S. en tal caso encargar interinamente el desempeño de sus funciones en esa Legación al Señor Rafael María Baralt”. El sabio renunció a tan honrosa designación por encontrarse, como hemos dicho antes, en París, entregado a sus estudios científicos para luego regresar a su patria con más conocimientos, los cuales impartiría a la juventud estudiosa venezolana. Por tanto, su interés, lo mismo que el gobierno, era aprender en Francia para enseñar luego en su país.

Mas, mientras esto sucedía en Francia, en Venezuela los asuntos financieros marchaban mal. El Tesoro del Estado venezolano atravesaba

una crisis económica muy acentuada, y el gobierno del General José Antonio Páez se vio obligado por esa circunstancia a eliminar cargos de gran importancia, como por ejemplo, el de Secretario de la Legación de Venezuela en Londres y París. El 30 de septiembre de 1843 Cajigal recibió un oficio de fecha 24 de julio del mismo año, del doctor Francisco Aranda, donde le decía: "En atención a las economías que en todos los ramos de la administración pública exige la disminución que se nota en las rentas del Estado. S. S. el Presidente ha dispuesto suprimir por ahora el empleo de Secretario de esa Legación y me ordena decirlo a V. S. para su inteligencia y a fin de que lo comunique al S. Cajigal a quien se confirió este destino. El Sr. Línch podrá continuar como hasta aquí, sirviendo en clase de oficial adjunto a la Legación con el mismo sueldo que tiene señalado".

El sabio quedó abrumado por la lectura de esa carta que le mostró Fortique. Y desde ese momento su carácter alegre y jovial se tornó en triste y melancólico. Y fue tanto su desencanto, su desilusión, que su salud se vio atacada por un mal que con el transcurso del tiempo extinguió su fructífera vida: la neurosis. Esta enfermedad lo transformó en un neurasténico, en un antisocial. Ya no se codeaba con las altas figuras representativas de la sociedad francesa, ni frecuentaba los salones, cafés y sitios más aristocráticos, donde siempre se distinguía por su vasta cultura y recia personalidad. Ya no se le veía en los teatros, como el "Tiger", el "Histórico", la "Gaité" y otros que gozaban de fama en aquella época. Ya, pues, le estorbaba el bullicio rutinario de la metrópoli francesa. Y, por último, tomó la resolución de irse definitivamente a Venezuela en busca de salud y tranquilidad.

*Su muerte.*—El 22 de noviembre de 1844 llegó Cajigal a tierras venezolanas. "Apenas sabido su inesperado arribo al puerto de la Guaira —escribe Olegario Meneses—, muchas y respetables personas hicieron viaje inmediatamente para verle y poner a su disposición sus afectuosos servicios; y el día de su subida a Caracas —continúa el alumno de Cajigal—, que multitud de cartas anunciaron con interés, los señores Ministros del Despacho, el señor Gobernador de la provincia, el señor doctor José María Vargas y multitud de otras personas de todas condiciones y categorías, salieron a encontrarle a gran distancia del camino". Fue así, pues, como el pueblo caraqueño recibió al sabio matemático, cuya fama de hombre ilustre traspasaba los linderos del mundo americano. No era raro que personas de todas las clases sociales se movilizaran para darle la bienvenida a una de las más altas figuras representativas de la cultura venezolana en el extranjero. Por ello, su regreso era motivo para que el pueblo le rindiera homenajes y le agasajara con verdadera alegría y entusiasmo. Mas, a pesar de la privilegiada posición de que gozaba el sabio en el campo de las letras, su manera de ser no variaba en absoluto; seguía siendo el varón modesto, sencillo, amable en quien el pueblo veía al hombre sabio y humilde, de carácter jovial, amigo de todos, sin prejuicios raciales ni de posición social, siempre dispuesto a cualquier sacrificio por la prosperidad de su querida patria. Era a este a quien los caraqueños recibían aquel 22 de noviembre día, por cierto, de júbilo en todos los hogares de la tranquila ciudad del Avila. El periódico "El Promotor" del 18 de diciembre saludaba a Cajigal en esta forma: "Cajigal. Ya



tenemos entre nosotros este digno venezolano cuya entrada en Caracas la hizo en medio de innumerables amigos que salieron a encontrarle a la mitad del camino. Recordando los útiles servicios que el señor Cajigal ha prestado a su patria, y los muchos otros que se halla en capacidad de prestarle todavía, se explica fácilmente ese respeto, esa decidida deferencia con que por todas partes se le recibe. Nosotros vemos en él uno de nuestros hombres de mayor ciencia, de más independencia y recursos intelectuales, y de consiguiente, no dudamos encontrarle siempre al frente de nuestros progresos: por eso nos felicitamos y felicitamos a Venezuela entera por su feliz arribo”.

Ya en Caracas, su primer pensamiento fue para su buen amigo, el General Carlos Soublette, a quien escribió el día siguiente, o sea el 23 de noviembre, unas cortas líneas donde le dice: “Apreciado amigo: Ayer llegué a esta ciudad, bien que con escasa salud; no podré por lo tanto encargarme de la dirección de la Academia. Las clases pueden continuar en el mismo estado sin que por ello se perjudique el erario, como no se ha perjudicado con la licencia que tuvo el gobierno la bondad de concederme. Si quisiera que al encargarme del establecimiento se me reservase el segundo bienio, que a mi ver es el más difícil. Su affmo. amigo Q. B. S. M., J. M. Cajigal”.

En esta carta se observa su desaliento, su agotamiento. Mas, se ve, igualmente, su voluntad de hierro, su perseverancia en continuar al frente de la Academia. Pero, desgraciadamente, sus energías se debilitaban a causa de la terrible enfermedad. No era el mismo de antes. Su salud estaba minada por el mal que lo consumía lentamente. Su privilegiado cerebro, cansado, estaba resentido profundamente. Ya se habían manifestado las señales premonitorias de la afección cerebral, mas él nunca les daba importancia. Este estado de salud dio motivo a que una culta señora caraqueña, doña María del Rosario Pacheco de Rivas, amiga y admiradora del sabio, le hospedase en su casa de campo, situada en los alrededores de Sabana Grande. Allí pasó unos cuantos meses bajo el cuidado de la citada señora y de sus familiares. Allí el sabio respiraba el aire puro y fresco de los cerros del Avila, se divertía y jineteaba por los campos comarcanos, y muy frecuentemente se le veía con la paleta reproduciendo en sus lienzos los hermosos paisajes que le ofrecía el valle de los caracas. Y, también, recordaba, en sus momentos de melancolía, su vida mundana por los países de Europa. Así lo vemos en su inspirado poema donde añora aquellos días de felices relaciones amorosas con la francesita María Duplessi, artista de la Comedia Francesa, conocida como Margarita Gautir, la célebre “Dama de las Camelias”, a quien le dice en sus versos:

#### MARIA DUPLESSI

*Grata esperanza me brindaste un día  
Bañada el rostro en celestial ternura;  
Mas súbito cambiose en amargura  
El placer inefable que sentía.*

*Inocente mi pecho y sin falsía  
En el lazo cayó que tu hermosura  
Supo tender, con mano tan segura  
Que aún te ama, te quiere... y no porfía.*

*No de otra suerte el cazador aleve  
La perdiz hiere con perfidia insana  
Que astuto atrajo con fingido canto.*

*Desapareció mi dicha en tiempo breve,  
Como la pompa de la rosa ufana  
Que se marchita al desplegar su encanto.*

Mas, como lo anota el doctor Lisandro Alvarado, la "monomanía se exacerbaba, escribía tratados científicos, herborizaba, pintaba acuarelas". No obstante, en ese estado de salud logró concluir dos importantes obras científicas: "Tratado de Mecánica Elemental" y un "Curso de Astronomía". Con estos dos libros, el sabio se despidió para siempre del mundo de las letras, pues, a poco, se había transformado en un megalómano, que comenzaba a sufrir, según el mismo autor, de la *meningo-periencefalitis-aguda-difusa*. Creía que le iban a asesinar, y esas ideas lo convirtieron en misántropo, en antisocial.

En 1845, en forma inesperada y silenciosa, Cajigal abandonó a la tranquila ciudad de Caracas, y eligió para pasar el resto de su vida al pueblecito de Yaguaraparo en el hoy Estado Sucre. Este pueblo se levanta en medio de una llanura arenosa, a orillas de un río, y a un kilómetro de distancia de las azulosas aguas del mar Caribe; está rodeado de grandes haciendas de café; y aún conserva el físico de hace cien años: de calles estrechas y adoquinadas, casas coloniales con ventanas salientes. Frente a la iglesia, que por cierto es una joya de la arquitectura colonial, se halla la plaza con frondosos árboles. Allí el insigne sabio vivió cerca de once años, retirado de la vida pública, lejos de su Academia de Matemáticas y de sus discípulos que ya empezaban a figurar entre los grandes científicos del continente americano. Y él, el maestro, el sabio, el genio, hallábase completamente solo, pobre y con su alma triste, padeciendo de paroxismo hipocondríaco, en aquel apartado pueblo del Golfo de Paria, donde esperaba con estoicismo la muerte. Hasta el 10 de febrero, a las ocho de la mañana, día domingo de 1856. Este fue el día en que dejó de existir —a los 52 años de edad— el ilustre sabio, para pasar a la vida de los inmortales. Su muerte fue una estampa del más espantoso aislamiento, en medio de aquella llanura arenosa que se confunde con el azul infinito del cielo.